

riamente las almas justas al acercarse á la mesa sagrada, espresados con tiernísimas palabras, con suspiros inefables y con emociones tan profundas, que nosotros no sabemos explicar, porque no comprendemos el idioma misterioso del corazón poseído de Dios.

Estas bellas disposiciones del alma cristiana para acercarse á Jesús nuestro Dios sacramentado, no pueden menos de inspirarle las más eficaces resoluciones que la llevan á corregir sus malos hábitos, reformar sus costumbres viciadas, y renovar sus santos y loables propósitos en el servicio de Dios que jamás debiera haber descuidado, resoluciones que pueden condensarse en esta palabra de S. Pablo, pronunciada cuando derribado de su fogoso caballo en el camino de Damasco por la gracia de Dios, pasó á ser de perseguidor de la Iglesia, ardiente y celosísimo apóstol: «Señor, ¿qué quereis que yo haga?» *Domine, ¿quid me vis facere?* ¡Ah! no se limitó el bienaventurado Saulo, luego que sintió las inspiraciones de la divina gracia á reflexionar sobre el beneficio que acababa de recibir, ni á gozarse en vanos sentimientos que de nada le hubieran servido no pasando á practicar lo que sentía; antes bien se pone absolutamente en manos de su Dios que lo quiere salvar, y consulta su voluntad divina y está pronto á obrar todo lo que le diga: *Domine, ¿quid me vis facere?*

He aquí, H. M., el complemento de la preparacion que ha de tener el cristiano que quiere recibir dignamente el más augusto de todos los sacramentos: una voluntad decidida de hacer todo lo que Dios quiere que haga para cumplir «su santa é inmaculada ley que convierte las almas,» como dice el Rey de los Salmos. ¿Es preciso romper para siempre con los malos hábitos del pecado, con las amistades peligrosas, con las pasiones perversas que nos arrastran al quebrantamiento de los preceptos del Señor y de su Iglesia? Pues hablad, Señor, que desde ahora tomo la resolución ir-

revocable de hacer todo lo que me inspireis: *¿Domine, quid me vis facere?* ¿Es preciso no transigir con los respetos humanos que me llevan á contentar á un mundo que me seduce, que me impone actos contrarios á mi profesión noble de cristiano, y que me hace esclavo de sus caprichos y de sus incesantes exigencias? Pues estoy dispuesto á hacerlo así sin discutirlo, sin vacilar, porque esta es la voluntad vuestra, oh Dios de mi alma: *Domine, ¿quid me vis facere?* ¿Es necesario sacudir esa pereza que me detiene en los caminos de la perfección á que estoy llamado, esas negligencias en los actos de la piedad cristiana, de la oración y de las devociones á que me he obligado; esas omisiones culpables que me conducen insensiblemente á la tibieza, á la disipación del espíritu, acaso á la indiferencia, y quizá sin pensarlo al descreimiento y á la apostasía? Pues desde luego me resuelvo, Dios mío, á llegarme á vuestro santo tabernáculo para nutrirme con vuestro mismo cuerpo que me ofreceis en la hostia pura, santa é inmaculada, á avivar en mi corazón, ayudado de vuestra gracia, aquella caridad celestial, «aquel fuego sacratísimo que Vos tragisteis del cielo á la tierra, y que deseais que se prenda en los corazones de los hombres:» *Domine, ¿quid me vis facere?*

¡Qué dicha tan grande, A. M., para el alma que de este modo se disponga á recibir á nuestro Dios sacramentado! Aspirad pues todos á esta dicha inefable, y si para conseguir esa preparacion hallais obstáculos que os opondrán el mundo, el infierno y vuestras propias pasiones, no desanimad por ello. Recurrid á la Virgen santísima que nos trajo á la tierra la paz y la vida de los santos, á la Mujer poderosa que con planta invencible aplastó la cabeza del monstruo infernal, á María, Madre agraciada de Dios que jamás se contaminó con el pecado, y que siempre puso al servicio de su Hijo divino todos sus afectos y todos sus sentidos. Ella es el trono de la gracia, y nos alcanzará indudablemente la mise-

ricordia que necesitamos y la gracia que buscamos para llegar-nos santamente al sacramento augusto de la Eucaristía: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* Mirad, M. A. H., que necesitamos vivir la vida de hijos de Dios, si atendemos á que nuestra condicion sobre la tierra, si bien nos impone la necesidad de alimentar con el pan material nuestro cuerpo, no es menos cierto que debemos sustentar nuestra alma con el pan eucarístico, con el pan de los ángeles; y que esa vida santa á que estamos llamados, la hallaremos seguramente en la multitud de gracias que se nos prodigan en el sacramento del amor divino, en el que no solo se contiene la gracia, sino el soberano autor de la gracia, Jesucristo, que es «el camino, la verdad y la vida.» Si así lo hacemos, nuestra vida será sobre la tierra la vida de los santos, y en el cielo en compañía de la Reina de todos ellos alabaremos al Santo de los santos, al Santísimo que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

PARTE SEGUNDA.

SERMON PARA EL DIA SIETE.

La Santísima Virgen María es modelo perfecto del verdadero cristiano que todos pueden y deben imitar.

*Post te curremus in odorem
unquentorum tuorum.*

En pos de ti corremos al olor de tus
ungüentos.

CANT. I.—5.

Grandes consolaciones debe haber experimentado nuestra alma, A. H. M., y esperanzas inefables ha atesorado nuestro pobre corazon al contemplar, en los dias que han precedido, á la Santísima Virgen María como refugio de los pecadores. Estamos tan necesitados de los consuelos de la gracia divina en este valle de incesantes miserias y dolores; es tanta y tan profunda nuestra degradacion como hijos del pecado; hemos llevado tan lejos los extravíos de nuestra inteligencia y la perversidad de nuestro corazon, que desgraciadamente nos asemejamos á «aquel hombre, de que Jesus nos habla por S. Lucas que, bajando de Jerusalem á Jericó, cayó en manos de unos ladrones, los cuales habiéndole despojado de cuanto llevaba, y despues de haberle herido le dejaron medio muerto.» Nosotros por el peado hemos sido